

INTERNACIONAL

SOLO y contra



FOTOS ARCHIVO EDH

la PARED

La pérdida de apoyo civil y militar por parte de Hugo Chávez está empezando a abrir apuestas por la caída de su gobierno, aunque el fin de la partida parece lejano. Un enviado especial de la revista colombiana *Semana* profundiza en la coyuntura venezolana en un extenso análisis del que *Vértice* reproduce lo principal.

POR MAURICIO SÁENZ/SEMANA

La obsesión nacional venezolana. En eso se convirtió la captura en Caracas de José María Ballestas, el presunto responsable del secuestro del ELN a un Fokker de Avianca. A juzgar por los programas de opinión, la prensa y los debates de la Asamblea, los venezolanos no se explican la negativa de su gobierno a entregarlo a las autoridades colombianas, y mucho menos los argumentos esgrimidos al respecto. Para ellos, el hecho se convirtió en la 'prueba reina' de que el gobierno de Hugo Chávez no sólo tiene relaciones con la guerrilla colombiana sino que abiertamente la protege.

Aunque aún no se ha hecho una medición en las en-

cuestas, los observadores coinciden en que la credibilidad del gobierno quedó gravemente afectada. Sobre todo luego de que, tras la destitución del jefe de la Policía Técnica Judicial (PTJ) por la captura del delincuente, un número indeterminado de agentes renunció en protesta.

El caso del aeropirata se presentó en un momento en el que surgen y crecen en Venezuela movimientos civiles y militares con la mira no sólo en hacer oposición, sino en conseguir la salida de Chávez del poder. La proclama de la Coordinadora de Acción Cívica, lanzada el miércoles en Caracas, argumenta que el gobierno ha propiciado una crisis política, social, económica y moral "como consecuencia de la

pérdida de credibilidad de las instituciones, la pérdida del Estado de derecho, la violación reiterada de la nueva Constitución y el estado de inseguridad de la vida republicana". Sostiene que "el gobierno no tiene límites para atropellar leyes, instituciones y personas con tal de imponer sus planteamientos ideológicos, contrarios al sentimiento nacional, y usa de manera abusiva pensamientos del Padre de la Patria para confundir al pueblo".

TENSIÓN CASTRENSE

Todos esos grupos se declaran defensores del Estado de derecho y las instituciones democráticas. Pero es un secreto a voces que hay facciones dispuestas a todo, incluso a un golpe de Estado, para

conseguir el objetivo.

Aunque el problema más apremiante para Chávez parece ser el militar. El síntoma más fuerte se dio cuando el presidente anunció su intención de gobernar desde el Fuerte Tiuna, sede del Ministerio de Defensa. Adujo el interés en recuperar el liderazgo de la Fuerza Armada, en cabeza de su comandante constitucional, el presidente de la República, pero para los caraqueños era obvio que la verdadera razón fue el rechazo de los militares al nombramiento como ministro de Defensa de José Vicente Rangel, quien se venía desempeñando como canciller.

Chávez anunció esa decisión el 4 de febrero, mientras celebraba el aniversario del intento de golpe contra

Carlos Andrés Pérez, y, al conocerla, los oficiales presentes en el casino del Tiuna protagonizaron en protesta una verdadera asonada. Chávez se vio obligado a nombrar al general Luis Amaya Chacón como 'jefe' de la Fuerza Armada, un cargo inexistente desde el punto de vista legal; aceptar que Rangel despachara desde una base aérea, relegado a funciones administrativas (no es poca cosa; maneja la chequera) y gobernar desde el Ministerio. Para el analista Carlos Blanco, "el rechazo a Rangel es la metáfora del rechazo a Chávez. Como por ahora no se le pueden oponer, lo hacen por interpuesta persona".

Resultó ser el último hecho de una serie que, según fuentes militares, acabaron

INTERNACIONAL

con la luna de miel de Chávez y la institución armada. La primera señal de ruptura fue en diciembre de 1999 cuando se separaron, entre otros, los coroneles Francisco Arias Cárdenas y Joel Acosta Chirinos, lugartenientes de Chávez en la intentona de golpe de febrero de 1999. Esos oficiales, que habían participado en la concepción del proyecto político chavista, basado en la asunción de los destinos del país por una clase militar libre de los pecados de la política tradicional, se sintieron traicionados cuando dos civiles de vieja tendencia izquierdista, Rangel y Luis Miquilena, asumieron los cargos clave del gobierno.

La segunda ruptura se produjo cuando se evidenció la asociación de Chávez con Fidel Castro. Las fuerzas armadas no ven con buenos ojos la cercanía con un líder que, como Fidel, infiltró hombres, financió y estimuló a las guerrillas que operaron en Venezuela entre 1960 y 1972.

Lo mismo ocurre con la relación cada vez más clara con la guerrilla colombiana. Esa relación comenzó a influir cuando otro compañero de Chávez, Jesús Urdaneta Hernández, denunció antes de renunciar a la comandancia de la Disip, la policía política, haber recibido la orden de entregar a las Farc \$300.000 de la partida secreta. Para los militares 'no bolivarianos' esas composiciones son inaceptables, no sólo por el carácter comunista de las Farc sino porque la guerrilla colombiana ha perpetrado múltiples ataques, en especial el de Cararabo en 1995, un hecho sanginario que los oficiales venezolanos no olvidan.

El cuarto error de Chávez se produjo con el nombramiento de Rangel. La oficialidad no olvida que durante sus años de periodista el hoy responsable de la cartera castrense no perdió oportunidad de atacar no sólo a las instituciones militares sino a sus integrantes. Para ellos, Rangel amasó su notoriedad a punta de acusarlos, muchas veces injustamente, de corrupción.

EJÉRCITO POLÍTICO

Esas cuatro rupturas se produjeron con el telón de fondo de la politización de las fuerzas militares. La oficialidad se resintió de ver a su institución pasar de ser la defensora de la soberanía a convertirse en el brazo armado de un proyecto político, y, lo que es peor, a cumplir tareas que consideraba ajenas e incompatibles con su dignidad. "Los militares comenzaron a limpiar cloacas, barrer calles,

construir escuelas, y trabajar como obreros mientras descuidaban sus obligaciones constitucionales", dice un militar retirado.

Otras causas de malestar entre los militares tienen que ver con la organización interna de la institución armada. La costumbre reiterada de Chávez de usar en presentaciones públicas su uniforme de teniente coronel es una de ellas, pues los generales se ven obligados a saludar como presidente a alguien de rango inferior. Y otra es la inclusión en las actas de ascenso de los militares golpistas, que fueron dados de baja, pero reintegrados con todos los privilegios y en contra de las normas.

El malestar en las fuerzas militares se ha manifestado en muchas formas. Una fuente que pidió el anonimato con-



Las fuerzas armadas venezolanas no aprueban la cercanía de Chávez con Castro, que infiltró hombres, financió y estimuló a guerrillas que operaron en Venezuela.



Diversos movimientos militares, políticos y ciudadanos están fraguando fórmulas para desplazar a Chávez del poder.

firmó haber asistido a varias reuniones de miembros activos que están dispuestos a todo para sacar a Chávez. Y el caso de las 'pantaletas', en el que 142 oficiales recibieron un paquete con unos calzones de mujer, un video de ofensas de Chávez a los militares y un panfleto en el que se les acusaba de cobardes por no levantarse, no pudo haberse llevado a cabo sin la participación de elementos activos.

Sin embargo, el presi-

dente ha logrado manejar esos malestares con mucha habilidad. A nivel medio y bajo con la chequera, pues ha prodigado los beneficios laborales y económicos para los militares. Y a nivel alto ha neutralizado a los generales de mayor liderazgo, como Ovidio Jesús Poggioli, quien pasó de ser director de inteligencia a administrar el aeropuerto de Maiquetía, o Raúl Baduel, antiguo comandante de paracaidistas,

que fue trasladado como jefe del Círculo (Club) Militar.

CIVILES A LA PALESTRA

Si en el estamento militar la posición de Chávez es muy cuestionada, en lo político la situación no es diferente. Como dice Ochoa Antich, "la oposición no ve otro camino que buscar la salida del gobernante para restituir el juego democrático".

Los activistas de esa oposición radical, como Blanco, sostienen que Chávez ha demolido las instituciones para imponer un modelo de revolución que no se compadece con el sistema democrático en el que se mueve, al menos desde el punto de vista formal. Con el totalitarismo a la vista, dicen, los partidarios de Chávez excluyen expresamente de las funciones públicas a quienes no comulgan con sus postulados.

SEMANA estuvo presente en el lanzamiento de la Coordinadora de Acción Cívica (Caciv), un organismo que aglutina a varios grupos de oposición que buscan un mecanismo legal y constitucional para que Chávez deje el poder. Allí estaban representadas las más variadas tendencias de la vida política venezolana, desde viejos políticos, antiguos guerrilleros y militares retirados, hasta economistas, sindicalistas, estudiantes y señoras de sociedad. Una cosa parecía unirlos: la obsesión por conseguir, con la mayor rapidez, la caída de quien llamaban el tirano.

Esa caída, sin embargo, no parece estar en el horizonte, al menos a corto plazo. El presidente no se ha quedado quieto en su intento por controlar la totalidad de la sociedad venezolana. Como dijo Ochoa, "en un régimen democrático

el paso del tiempo favorece a la oposición. Pero en este caso, en mi criterio, el tiempo favorece a Chávez".

Quedan quienes reconocen que Chávez, para bien o para mal, es el resultado de años de prácticas corruptas e inconducentes que se derrumbaron por su propio peso. Es el caso de un movimiento llamado Primero Justicia, conformado por yuppies, profesionales de menos de 40 años empeñados en reformar, con gran pragmatismo, las costumbres políticas venezolanas. Su líder, Julio Borge, es un abogado de 31 años que conduce un programa de televisión y con sensatez y realismo ha conseguido el segundo nivel de aceptación en las encuestas después del presidente.

Su segundo a bordo es Leopoldo Martínez, el líder de su pequeña bancada en la Asamblea Nacional. Para ellos el gobierno de Chávez no es una dictadura sino "un gobierno que se descose sin oportunidades para el diálogo". Y Chávez es "un gran comunicador, pero un hombre incapaz de formar un equipo de gobierno".

Martínez sostiene que "la oposición que no pueda imaginarse al país recompuesto con Chávez desafia al 60% de favorabilidad que conserva". Y Borge dice que "lo nuestro no es que Chávez salga o se quede, sino que las instituciones funcionen con o sin él. Criticamos lo criticable, pero dedicamos más tiempo a hacer propuestas concretas". Por eso, los miembros de Primero Justicia, constitución en mano, recuerdan al gobierno sus deberes. "Si el presidente no es viable, la trampa se la va a poner él solo".